

GIACOMO LEOPARDI, *Antología poética*, Edición y traducción de Eloy Sánchez Rosillo, Valencia, Editorial Pre-Textos, Colección La Cruz del Sur, 1998, 197 pp.

María HERNÁNDEZ ESTEBAN

Puede que ningún poeta lírico italiano haya sido tan traducido a nuestra lengua como Leopardi. La relación de sus traducciones al español podría ser muy larga, y no viene al caso repetirla¹. En los últimos años, además, esas traducciones han sido objeto de frecuentes juicios críticos, de los que estas líneas son un brevísimo ejemplo más que se añade al deseo de la crítica de reflexionar sobre la teoría de la traducción al hilo de la práctica de los traductores de profesión, o de los traductores-poetas, o de los traductores-críticos y poetas al tiempo, como es ahora el caso de Eloy Sánchez Rosillo, profesor de Literatura española, premio Adonais del 77 y autor de cinco libros de poesía.

Los estímulos para otros poetas que le han precedido coinciden con los que le mueven ahora a él: desde su admiración hacia Leopardi difundir y hacer asequible la emoción de su poesía, compartir su belleza, acercarse más a la dificultad que su palabra entrafía, venciendo el reto que ésta supone, y demostrar también una afinidad anímica con el poeta traducido. Creo, además, que la esencialidad de la palabra leopardiana, su transparencia, su asombrosa sencillez, invitan a trasladarla a nuestra lengua, en ese reto que siempre estimula al traductor, y en el caso del poeta además le encaminan y orientan en su propio camino creador, como Sánchez Rosillo aquí confiesa (p.10 de su Introducción).

Junto a los estímulos afines, destaca además alguna circunstancia común señalada en más de una ocasión. Escribía Antonio Colinas hace veinte años: «Ya en mi libro (...) procuré analizar el nacimiento de tales sensaciones, y para ello acudí personalmente al lugar, espacio en que éstas se desarrollaron²». También Sánchez Rosillo relata su visita a Recanati, su emoción ante la naturaleza que tantas veces contempló Leopardi y dibujó con tanta precisión en sus poemas: las calles y la plaza de Recanati, la noche de luna llena iluminando el pueblo, el palacio de la familia Leopardi, etc. (p. 12 de la Introducción).

El traductor, que en este caso, como se puede ver, ejerce sobre todo más como poeta que como profesor, ha ido traduciendo esporádicamente según sus preferencias, hasta recoger veintidós de sus *Canti*, ahorrándole al lector español, dice, los poemas filosóficos, abstractos, eruditos, retóricos, que «nada añadirían al Leopardi esencial y absolutamente vivo que yo pretendo presentar» (pp. 13-4). Y ha trabajado, nos confiesa, sin prisas, con ilusión, con la debida fidelidad, de modo que los poemas se lean como tales, con ritmo y sonoridad, con sentido poético, con paciencia y con conocimiento de la poesía del escritor, conservando de la métrica la medida, tratando de mantener el ritmo, y sacrificando la rima que Leopardi con tanta libertad utilizó, y que en este tipo de traducciones se viene demostrando más un obstáculo que una ayuda, (como se puede ver, por ejemplo, cotejando del *Canzoniere* de Petrarca las versiones de Crespo y Cortines, con un balance a favor de este último), y confirmando el valor preeminente del ritmo.

¹ Véase, por ejemplo, «Leopardi e la cultura spagnola», *Studi Leopardiani*, nº 1, 1991, en especial las relaciones bibliográficas de María de las Nieves Muñiz Muñiz.

² A. Colinas, «Introducción» a *Poesía y prosa*, Madrid, Alfaguara, 1979, p. XXIV.

Sánchez Rosillo aporta algunas valiosas precisiones apoyadas en un saber crítico que no sólo nunca está de más, sino que siempre se ha demostrado imprescindible. En el plano semántico corrige algún aspecto hasta ahora descuidado en versiones precedentes; valga el ejemplo de su propuesta de traducir «passero solitario» no por «gorrión solitario», sino por «pájaro solitario», dado que Leopardi se refería a una especie determinada de ave que no es el gorrión común, sino el «*monticola solitarius*», que en italiano se conoce como «passero solitario» y que los ornitólogos españoles denominan «pájaro solitario» por su hábito de vivir en soledad, a diferencia del gorrión que es un ave sociable, no canta, y va siempre en grupo. «Si Leopardi hubiera pensado en un gorrión cuando escribió su poema, nunca habría caído en la impropiedad de atribuirle a éste cualidades tan extrañas a su naturaleza como la tendencia a la soledad y el don del canto armonioso», concluye el traductor (p. 164 de su notas al texto).

Respecto a la edición, y esto en el ámbito de la corrección editorial, sugiero suprimir las mayúsculas de todos los encabezamientos de verso, que parece ser un criterio de la colección. Hay que felicitar a los editores por el buen criterio de edición bilingüe, y sugerir, por último, la corrección de algunas erratas en el texto italiano, a subsanar en la reedición.

Para concluir, la traducción de un texto poético, una vez más, sugiere estrategias precisas: 1/ el aparato de notas informativas, de todo tipo, y el manejo de una buena edición crítica debidamente anotada son una fuente valiosísima de datos para el traductor, (aunque en este caso no se señala el texto desde el que ha traducido); 2/ la labor de revisión de la traducción debe ser siempre minuciosa y escrupulosa; 3/ en un texto poético se hace aconsejable (imprescindible, ha dicho R. Scrimieri³), un análisis previo de las estructuras y procedimientos compositivos, de los recursos poéticos, del valor estilístico de la posición de los elementos en la frase y en el verso, que hay que tratar de respetar, o al menos ser conscientes de las pérdidas, de los elementos sacrificados, para compensarlas con recursos alternativos, como ha señalado con precisión R. Scrimieri cotejando la versión de Unamuno y de Alcalá Galiano de «La ginestra»⁴.

El traductor debe adoptar siempre una actitud filológica, que nunca es ni superflua ni inútil, para acompañar al buen sentido poético, a la adecuada sensibilidad fónico-rítmica, al máximo respeto posible de la sintaxis, al minucioso transvase semántico, que siempre hay que documentar, para no caer en imprecisiones o incluso en auténticos errores de interpretación de los que los traductores nunca estaremos lo suficientemente a salvo⁵.

³ R. Scrimieri, «'La Ginestra' de Leopardi: Valor y función de algunas de sus traducciones al español», en *El siglo XIX italiano*, Salamanca, 1988, pp. 384-395.

⁴ «La traducción de un texto poético es posible, a partir del estudio de la organización y funcionamiento de la estructura lingüística y estilística, en función de un tema dado, y a través de la creación de otro texto que, teniendo en cuenta los resultados de ese estudio, sea en otra lengua representación lingüística y artística equivalente a la del texto original». (p. 386 art. cit.)

⁵ Sobre otras más recientes traducciones de Leopardi y su problemática circunstancial y teórica remito a mi colaboración sobre «Tradurre Leopardi in Spagna» en prensa en las Actas de la Mesa Redonda celebrada en Monselice con motivo de la XXVIII Edición del Premio Internazionale Monselice per la Traduzione, 7 junio de 1998.